

La bondad como arma terapéutica

CARLOS VÉJAR-LACAVE*

La medicina es una actividad que clásicamente se dedica a curar enfermos; pero ahora sabemos que no solamente es eso. Los tiempos nuevos han hecho variar este concepto y ampliar enormemente sus postulados. Su papel en el individuo sano como protectora de la salud, ha hecho nacer la Medicina Preventiva, cada vez más importante y de mejores alcances, pues si se piensa en su futuro dejaría a la medicina curativa sin razón de ser. Otro capítulo importante de nuestro ejercicio es la Rehabilitación, que se ocupa de devolver al inválido, si no totalmente algunas de sus funciones, para que su vivir sea lo más compatible con una vida normal.

Pero a pesar de todos los cambios en las concepciones de nuestra ciencia, lo fundamental se ha dejado intocable. La prístina actividad que es la esencia de la misma, curar a los enfermos para tratar de devolverles su salud, queda inmodificable. En otras palabras, esta es la medicina clínica, el encuentro de un hombre enfermo con otro hombre que es apto para curarlo. La medicina así concebida, mantiene vivo el interés que el médico da a su labor y le obliga, además, a estar renovando constantemente su ciencia, para dar un servicio más eficiente a sus enfermos.

Todo esto, a veces, no basta para curar a sus pacientes, subsiste la rebeldía al tratamiento de muchas

enfermedades, lo que constituye un desafío que se hace a nuestros modos de curar. Las drogas son medicamentos excelentes, los avances de la cirugía son verdaderamente grandiosos y sin embargo, nuestros hospitales siguen llenos y muchos enfermos arrastran sus males por clínicas y consultorios, privados o institucionales, sin encontrar alivio. Es verdad que muchas veces los pacientes tienen trastornos psicosomáticos sin base orgánica.

En estadísticas norteamericanas se afirma que son casi el 50 por ciento. Ellos naturalmente requieren procedimientos curativos, principalmente de índole psicoterápica, para los cuales nuestra Facultad de Medicina debe hacer un curso preparatorio, ya que es difícil influir sobre un paciente, por sugestión, persuasión o convencimiento, si no se tienen firmes conocimientos que permitan ahondar en las motivaciones psicológicas que existen en muchos sujetos.

La emoción es un agente etiológico que muchas veces no se toma en cuenta suficientemente, tampoco se conoce a menudo la personalidad del paciente, algunos son introvertidos, con ninguna tendencia a la comunicación, reticentes y celosos; en otras son por lo contrario extrovertidos y nos refieren su mal con todo lujo de detalles. En todos estos casos hace falta un médico, lleno de simpatía, comprensivo, paciente y bueno, que use estas virtudes en beneficio de su enfermo.

*Académico titular.

Entre las muchas y no siempre deseables modificaciones que ha tenido el ejercicio de nuestra profesión se cuenta en primer término con la especialización, maravilla y también desgracia, a la que nos hemos visto obligados por la hipertrofia desmesurada de nuestra ciencia. Esta avalancha de nuestro ejercicio no siempre ha sido entendida correctamente por muchos colegas. El hombre es bastante más que un conjunto de órganos, la integridad sobrepasa con mucho la suma de sus partes; el organismo no se puede desmembrar así para curar un estómago, un corazón o una pierna. Por tanto el médico debe conocer la profesión en su totalidad y sólo después especializarse en una sección de ella. Debe estar consciente de las interacciones del órgano que cura con el resto de la economía. Sólo así es válido curar un ojo, un cerebro o un hígado.

La especialidad a la exclusiva no tiene razón de ser. Un reconocimiento integral aunque no sea muy profundo, es necesario para entender un órgano que se trata de curar. En medicina la aproximación integral a un solo aparato o sistema puede hacer perder la atención a todo el organismo. Una mujer que recomendaron a varios especialistas, terminó diciendo con muy buen juicio "Yo quiero un médico que se especialice en mí"

Los enfermos también valorizan a sus médicos y en ocasiones no les gustamos, y no nos vuelven a consultar, en otras, por lo contrario, se aficianan tanto a nosotros, que su confianza y su fe, rebasan las relaciones puramente médicas para resultar amistosas y cordiales. Esta conducta se debe a nuestro don de gentes, y la demostración de nuestro afecto. Se asoma aquí la bondad actuando como agente terapéutico a veces de considerable eficacia.

En toda consulta externa institucional, siempre hay algunos médicos más solicitados que otros; pero pocos se han ocupado de estudiar la causa de esto. Pero el público si lo hace, y sabe que es el afecto, la bonhomía y la calidad humana del profesionista, así como el interés que muestra por sus enfermos lo que hace la diferencia. Debemos conocer no sólo la enfermedad del paciente, sino sus hábitos y costumbres, posibilidades económicas, vicios y el trabajo que desempeña. Dueño ya el profesional de estas situaciones familiares y sociales de los enfermos, la terapéutica se facilita y el éxito no se hace esperar.

La problemática emocional que muchas veces provoca alteraciones inclusive orgánicas es la principal fuente de todo lo que conocemos como medicina psicosomática, y todos debemos ocuparnos de ella porque es la base de la psicoterapia.

Nuestra ciencia se complica ahora con la aplicación intensa de los conocimientos científicos al diagnóstico y a la terapéutica. Cada día surge una nueva exploración, un procedimiento distinto, una nueva droga.

Estar al corriente de la moderna farmacología demandaría una dedicación sin límites, un tiempo precioso y una memoria fantástica; amén de libros, revistas, folletos y monografías. Marañón tenía una frase: "Nos estamos volviendo ingenieros de la medicina. Todo lo medimos, lo pesamos, lo experimentamos y lo más triste es que muchas veces, a pesar de toda esta avalancha de conocimientos y de técnicas, la curación no llega"

El estetoscopio de ayer se ha convertido en gabinete de fisioterapia, en múltiples laboratorios, en rayos X y pruebas especializadas. El consultorio cada día se torna en clínica de especialistas y el médico aislado va desapareciendo para ingresar en el equipo de trabajo que es ahora el que estudia a los enfermos. Pero es conveniente insistir en que no son cosas similares. Al equipo médico se le puede exigir eficiencia, pero no bondad y comprensión. En cambio al hombre sí se le pueden exigir, además de responsabilidad, afecto.

Dos ejemplos hacen énfasis y muestran claramente lo que decimos: Un paciente vio un cuadro de Jesucristo médico, imponiendo su mano sobre la cabeza de un enfermo. En todas sus visitas al médico le rogaba al despedirse que le pusiera la mano sobre su cabeza. Y puede ser, -pienso ahora- que haya tenido razón. Otro enfermo mío, presentó dolor abdominal intenso en un día domingo; me buscó sin hallarme, Y como su dolor no amainara fue en un taxi al consultorio acompañado de su esposa que ya le había repetido que no estaba. Pidió al taxista que le diera varias vueltas a la manzana deteniéndose un momento en la puerta del consultorio. Poco después le dijo a su esposa: "ya podemos irnos, ya me siento mejor".

Y todos los médicos podríamos relatar cosas semejantes en los cuales la sugestión cobra milagros; por eso decía Marañón, que en el mortero donde se muelen las sales medicinales, había que poner como ingrediente indispensable un poco de magia. "Weiss an english", en sus libros sobre medicina psicosomática ha comprobado que muchos enfermos, que aseguran tener algo orgánico son psicógenos, en cambio hay otros que subestiman sus síntomas, atribuyéndolos a disturbios puramente funcionales y que en realidad tienen una dolencia física.

La bondad, ingrediente obligado en la relación médico-paciente, no es sólo un modo de ser o un carácter espontáneo, sino una medida terapéutica, que merece ser tomada en cuenta por los médicos generales o especialistas, puesto que muchas veces actúan mejor que nuestras drogas. Un médico que no sea bondadoso no sabrá acercarse al enfermo y por eso fracasará ante la estructura mental de muchos pacientes que buscan comprensión y dependencia.

Hagamos pensar a nuestros colegas sobre estas sencillas premisas, que podrán hacer variar su conducta, dando al mismo tiempo al enfermo una terapéutica sólida y eficaz.